

## Otra mirada a las coincidencias Darío-Martí\*

Caridad Atencio  
Mendoza

La vileza también tiene un costado mágico; por enervante, bello. Un escritor decía bordeando la epopeya poética: «Y cuando el sufrimiento sobrepasa una noche / Ya es maldito / el eterno destello que el cuerpo necesita». Un muerto en el espacio trascendiendo confines, una química súbita donde lo humano encarna a la naturaleza. Se manifiestan el azar y su opuesto. Así, Darío y Martí al morir serían objetos de un acto de impregnación inocente.

Martí es atado al lomo de un caballo, su ser emana a cada golpe con la tierra. Son pésimas las condiciones del camino. Es sepultado y desenterrado, y en cierto momento colocado bajo un árbol.

A Rubén le son extraídos el corazón y el cerebro para su estudio. Es la curiosidad que emancipa las auras.

Una especie de «misticismo positivista»: en sus cuerpos está el numen que aún podía ser arrebatado. Hay una muda voz que ordena los epitafios crueles.

Darío y Martí fueron autores de una pugna expresiva en relación con los anquilosados valores hispánicos. En sus conocimientos mutuos hay como la constatación de las estaturas.

En ambos está presente la concepción panteísta de la naturaleza, la integración del hombre con ella, otro hecho que justifica la reflexión inicial sobre el suceso de sus muertes. Los dos en sus obras dan cabida a un esteticismo ético. Hay una reverencia, hay una devoción que a ambos aproxima.

El propio Darío en apretado párrafo haría alusión a lo que después la crítica martiana ha dedicado decenas de años: «Escribía una prosa profusa, llena de vitalidad y color, de plasticidad y música. Se transparentaba el cultivo de los clásicos españoles y el conocimiento de todas las literaturas antiguas y modernas; y sobre todo, el espíritu de un alto y maravilloso poeta».

Oid siempre el vaticinio del poeta. En él mismo se derraman virtudes esenciales del héroe de Cuba. Ellas son:

\* Este trabajo, inicialmente leído en la Universidad de León (Nicaragua), cuna de Darío, fue posteriormente presentado en el panel 105 Aniversario del Encuentro Martí-Darío (Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1998). (*N. de la A.*)

- Detenimiento en su prosa novedosa, que haría elevar el periodismo al rango de literatura. Borramiento entre la frontera verso y poesía (característica propia también de Darío).
- Asimilación de múltiples literaturas, y como savia esencial la de su lengua madre.
- Su condición de poeta, que puede ser seguida en todos los géneros que cultivó.

Ambos dan muestras, como dice Lezama, «de una excelente resistencia para lo ético y una punta fina para el habla y la distinción de donde viene la independencia [...] El americano traía a ese refinamiento del banquete occidental, el otro refinamiento de la naturaleza.»

Más allá de cualquier generalización filológica, deseo examinar el maduro pensamiento de estos poetas a través de dos de sus poemarios. En mi análisis adivino el apego al tono confesional de claras raíces humanistas, de claras intenciones con el prójimo.

Las similitudes pueden observarse entre el prólogo a *Versos sencillos*, publicado por Martí en 1891, y el de *El canto errante* publicado por Darío en 1907.

Dirá Martí: «Amo [...] la sinceridad aunque pueda parecer brutal». Y Darío: «Yo he dicho: ser sincero es ser potente».

El prólogo a *Versos sencillos* así comienza: «Estos son mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados. Mientras no pude encerrar íntegras mis visiones en una forma adecuada a ellos dejé volar mis visiones oh, cuánto áureo amigo, que ya nunca ha vuelto». En prólogo del nicaragüense también reza: «He expresado lo inexpresable de mi alma y he querido penetrar en el alma de los demás, y hundirme en la vasta alma universal».

Hay una mística común, una direccionalidad en el reflejo de lo que sienten, en su entrega, y un reconocimiento en poesía de lo inexpresable, un enaltecimiento del silencio en el poeta.

Otra de las coincidencias es apreciable en los siguientes parlamentos: (Martí) «Amo las sonoridades difíciles [...] Todo lo que han de decir ya lo sé, lo he meditado completo, y me lo tengo contestado»; (Darío): «He comprendido la inanidad de la crítica [...] Este amigo os defiende temeroso. Este enemigo os cubre de flores, pidiéndoos por bajo una limosna [...] Eso es la literatura [...] Eso es lo que yo abomino. Maldígame la potencia divina si alguna vez, después de un roce semejante, no he ido al baño de luz austral que todo lo purifica: la autoconfesión ante la única norma».

En estos parlamentos se observa la autosuficiencia sana y natural del poeta, la fuerza con que este irrumpe en lo nuevo escritural, y el desprecio por la falsedad del mundo literario que se crea alrededor de los escritores.

En ambos prólogos aflora la preceptiva literaria de trazo sentencioso (vital). En *Versos sencillos* enuncia el héroe de Cuba: «Tajos son estos de mis propias entrañas –mis guerreros– Ninguno me ha salido recalentado [...] Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje». Y en el prólogo a *El canto errante* se reza: «Jamás he manifestado el culto excesivo por la palabra. Nace

juntamente con la idea, o coexiste con la idea, pues no podemos darnos cuenta de una sin la otra».

Aquí es indudable la influencia; Darío parece haber bebido de aquel prólogo martiano aquella idea, tronco de sus poéticas; el ajuste entre formas y esencias.

En ambos prólogos es común la tónica confesional trascendente. Se inscriben también en el marco de lo preceptivo las siguientes ideas: (Darío): «No hay escuela, hay poetas. El verdadero artista comprende todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas. Toda la gloria y toda la eternidad están en nuestra conciencia».

Más allá del reconocimiento del carácter cosmopolita del arte, nos conquista la idea acerca de la explosión inmanente del poeta, el bardo como mundo y como semiótica del mundo.

(Martí): «El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al cielo, y al envainarla en el sol se rompe en alas».

Como vemos, Martí también redunda en aquellos aspectos desde una lírica volante.

En estas dos últimas aseveraciones, además de un tono confesional y preceptivo, es apreciable una diferenciación estilística esencial: la definición de Martí sobre el verso es luminosa y alada, toma a la tierra como sitio momentáneo de contemplación y referencia para elevarse. La definición de Darío hace gala de una fuerza telúrica, de un estar colocado en un centro gravitacional, de una irradiación circular y hasta concéntrica.

Aquí se hace innegable el hechizo de los signos: Darío—Capricornio, animal de la tierra que ambiciona lo alto; asequibilidad y ensoñación de la distancia. Martí—Acuario, el goce de los aires con la pupila siempre atada a la tierra, donaire y desamparo.

En ellos todo no es más que iluminar un ángulo desde distintas poses, el cuajar tentativo del silencio.